EL HOMBRE DEL TINTERO

Athenea

Khepri permanecía frente a la esfinge en actitud reverente. Imploraba ayuda en la encrucijada que enfrentaba. Recordó con detalle los años de formación que lo llevaron a convertirse en escriba. Fue un tiempo en el que sobrellevó cansancio y sinsabores. Siendo un niño, emigró de su provincia natal para habitar la c*asa de la vida*, en Egipto, ya que su padre lo envió como aprendiz con el anhelo de forjarle un futuro mejor. Evocó las palabras de su progenitor:

—Hijo mío, el trabajo en el campo es en extremo arduo. Los agricultores dependemos de la voluntad de los dioses para que el río fecunde la tierra. Sufrimos años infructuosos. No deseo para ti una vida de privaciones. Por otra parte, si te convirtieras en soldado, enfrentarías peligros fatales y quizá mueras como tantos que han enlutado a los suyos. Fuiste bendecido al ser aceptado como alumno en la *casa de la vida*. Por ello, es mi deseo que sirvas al faraón. Darás orgullo y honor a nuestra familia.

—Sí, padre —respondió el pequeño Khepri, por un acto de obediencia más que de entendimiento.

Así, el infante de seis calendarios, llegó a lo que sería su hogar. Con fascinación observó los extraños garabatos que realizaban los discípulos. Aquello le impresionó de sobremanera, ya que nunca había visto nada similar.

—¿Qué magia es esa? —preguntó a su maestro.

—Se llama escritura. Deberás aprenderla, entre otras muchas cosas.

La rutina diaria consistía en que, cada mañana, antes de iniciar la instrucción, ofrecía una plegaria a Thot, dios de la escritura y protector de los escribas. A continuación, acudía a las aulas junto con los otros aprendices. Entre ellos, conoció a Zaid, con quien entabló una buena amistad y fue su compañero de juegos. En las primeras lecciones aprendió unos signos que servían para contar lo que le rodeaba: animales, jarrones, armas, esclavos y muchas cosas más. Estos signos sobrepasaban lo que se podía enumerar con los dedos de las manos y los pies. Su joven mente se maravilló ante la complejidad de esa ciencia. También le enseñaron a fragmentar un sinfín de objetos como costales con cereal, rollos de papiro, tela o agua. ¡Increíble!, hasta el agua se podía dividir. A eso le llamaban fracciones. Con frecuencia, lo que sentía fraccionarse era su cabeza. En tales casos, su cuerpo se disociaba de la mente para viajar a mundos de ensoñación. Recreaba sus deseos ocultos que eran nadar en el río o jugar con algún gato.

Fue adiestrado en la elaboración de hermosos y complicados dibujos. Para lo cual usaba una especie de pincel hecho con caña y una paleta con huecos, en los que se colocaban las pinturas. En esta práctica fue un alumno destacado, pues poseía el don artístico. Además, le instruyeron todo lo relacionado a las figuras geométricas. En un principio, acostumbraba salirse por la tangente, evadiendo las lecciones. No lograba entender la utilidad de

esos saberes en el mundo real. Consideraba que las operaciones matemáticas eran de gran complicación, por lo que debió ser un estudiante perseverante. Hasta que fue mayor pudo, con la aplicación de esos conocimientos, calcular perímetros o superficies para la construcción de tumbas y viviendas.

—Maestro —decía a su tutor—, me atormentan unos espíritus malvados que no me dejan entender las lecciones. Ellos rondan mi cabeza y me causan gran dolor o me llevan muy lejos de aquí.

—No desfallezcas. Ofrece plegaria al bondadoso Thot en esa tribulación que te agobia —aconsejaba el maestro de escribas.

Fue especialmente tortuoso asimilar el arte de hablar sin palabras. Para ello utilizaba grafías que representaban lo que salía del pensamiento. Estos signos permitían atesorar las ideas y en cualquier momento podían emerger de los manuscritos con exactitud y veracidad. Lo que en un principio consideró que era magia se convirtió en sapiencia. Algunos profesores solían ser tiránicos. Daban a los alumnos castigos físicos por ineficiencia o pereza. A los quejumbrosos se les escarmentaba con más firmeza. Esa preparación tan penosa ocasionó que algunos condiscípulos desertaran. Sin embargo, Khepri resistió como pupilo disciplinado. Fue fiel a la voluntad de su padre. Con los dedos ennegrecidos realizaba trazo a trazo numerosos caracteres sobre jarrones, tumbas o manuscritos. Lo hacía con gran precisión y minuciosidad. Le aterraban los errores que obligaban a rehacer el trabajo o a realizar feas enmiendas imposibles de ocultar. En cambio, Zaid era un niño de manos torpes que no dejaba jarrón sano y salvo. Khepri fue su cómplice al desaparecer el producto malogrado de los ejercicios y con ello evitar la furia de los profesores. La parte agradable era cuando saboreaban momentos de diversión en las excursiones. Los paseos estaban destinados a fortalecer su aprendizaje en la medición de sembradíos y construcciones o el cálculo de inventarios.

Con el fluir del tiempo, Khepri llegó a los dieciocho calendarios. Al terminar su instrucción y con base a su brillante desempeño, fue nombrado escriba. “Será un honor para ti servir al dios vivo”, dijo el sumo sacerdote. Estaba a punto de tomar un puesto con grandes responsabilidades. Sería uno de los encargados de los archivos reales. Sus tareas consistirían en transcribir las órdenes del faraón, llevar el recuento de los tributos y de las cosechas; realizar los censos de población y de la milicia; y registrar los proyectos de construcción. Aquello le pareció abrumador. Fue cuando lo invadió un enorme deseo de recorrer el mundo, ya que desde su tierna infancia estuvo anclado a ese lugar. Ni su mejor amigo Zaid sabía que, en ocasiones, tomaba mapas para trazar rutas jamás exploradas. Esos sueños errantes se vieron alimentados con la presencia de un visitante que llegó a la ciudad. Su nombre era Kek. Viajaba en una pequeña caravana con algunos sirvientes. Era un híbrido entre mercader y aventurero, con quien Khepri tuvo cierto apego. El visitante le narró hazañas a primera vista inverosímiles. “Estuve a punto de caer prisionero. Enfrenté a dos hombres que eran altos y musculosos, con

extraños trajes, de tez color obscuro. Luché cuerpo a cuerpo con ellos y logré escapar… En otra ocasión, encontré raras plantas en un jardín encantado, ¡eran afrodisíacas! … Conocí a una bellísima mujer de cutis bronceado, ojos negros y largo cabello trenzado, ¡era una diosa!...No olvido cuando aquel felino me lanzó una mirada de muerte…". Le relató múltiples aventuras de lugares exóticos, encuentros con mujeres hermosas y placeres desconocidos. El escriba, boquiabierto, escuchaba las narraciones de aquellas tierras lejanas. Kek supo adivinar y explotar su hambre de aventuras. Lo envolvió con su verbosidad al ofrecerle la oportunidad de abandonar todo y partir con él. Esa era la encrucijada que el escriba enfrentaba. ¿Debía tirar aquello por lo que había luchado en pos de un deseo? ¿Qué encontraría más allá de sus fronteras? ¿Sería recibido de vuelta por sus superiores después de la escapada?

Pasado un tiempo, en virtud de que sus ansias andariegas no se aquietaban, aceptó el ofrecimiento de Kek. No obstante, una terrible sorpresa le aguardaba, pues en la mañana destinada para partir, el mercader no llegó a la cita, lo esperó sin resultado. Más tarde, se descubrió que había robado algunos objetos del templo, alejándose a toda velocidad con su comitiva. ¡Su héroe era un vulgar ladrón! Supo embaucarlo y burlarse de su ingenuidad, de su juventud e inexperiencia.

Al cabo de unos días, al pasar la ofuscación, reflexionó en que la oportuna intervención del dios Thot lo había apartado de esa mala compañía, que, con seguridad, sería su perdición. En un instante de iluminación entendió que su lugar en el mundo no era como explorador. Comprendió que amaba la profesión de escriba. Lo que empezó como un deseo ajeno, como una obligación impuesta por su padre, se convirtió en su vocación. En adelante, dedicaría su vida a la escritura. Trazaría historias en las tumbas de los faraones con lo que gozaría del reconocimiento que se otorga a un grupo selecto de eruditos. Se sintió grandioso. El conocimiento es poder y él lo poseía.

Khepri. Nombre de origen egipcio que significa sol de la mañana.
Kek. Dios de la obscuridad